

Cómo explicárselo a mamá

El buen descanso

El vengador

Última toma, mr. Tomkin

La primera vez

Vanessa

A los ojos de Dios

Coser y cantar

La hora del café

Únete pueblo agachón

El fin del círculo

El sapo

La tarde de las pedradas

Cómo explicárselo a mamá

A Juan Trigos

La culpa fue mía, absolutamente mía. ¡Vamos y vamos y vamos! Hasta que Saúl, con su mansedumbre habitual, se dejó conducir a la cantina. Es difícil encontrar una manera gallarda... pero no, no gallarda, sino suave, blanda, de decírselo a mamá. Si dijera que Saúl me llevó, el más tranquilo reventaría de risa; pero si cuento que unos amigos nos invitaron van a preguntarse qué clase de amigos pudimos conseguir Saúl y yo, si entre nosotros mismos, hermanos queridos, jamás existió algo parecido a la amistad. En realidad ni yo me explico cómo pude convencerlo de que esa tarde saliéramos a caminar un poco y nos sentáramos en la banca de un parque para conversar.

—¿Te gustan las tardes frías?

—Sí.

—¿Estás contento?

—Sí.

—¿Quieres comer algo, tomar un refresco, una cerveza?

—No.

Eso era conversar con una máquina que disparaba monosílabos. ¿Cómo pude convencerlo, entonces, de que me acompañara a la cantina...? ¡Claro!, el hermano buenalma aceptando por bondad, regocijándose con la vieja imagen del ángel de la guarda. Pero eso nadie lo creará, y menos mi madre... ¿Cómo explicárselo a mamá?

Seguramente nuestra madre ya se habrá enterado del accidente por los periódicos. Ahora se estará preguntando qué hacía Saúl (el bueno, el santo, el meditativo) en un lugar de tal calaña. Con seguridad, dirán los vecinos, la influencia perniciosa del hermano, sí, ocho años mayor y (aquí la voz muy baja) los cinco años que pasó en la cárcel y las malas compañías y la envidia, ese demonio amarillo e irascible que todo el tiempo lo estaría incitando contra Saúl. La gente calentándole la cabeza a mamá. Todos rodeando la

mesa donde ella tiene extendido el periódico y todos santiguándose y tenía que ser y un sorbo a la taza de café y una lágrima enjugada discretamente. Mi madre muy seria, con los ojos enrojecidos, pero sin lágrimas, escuchando serena las patrañas de aquellos imbéciles.

En realidad, quise mucho a mi hermano. Nunca congeniamos, quizá por los ocho años de diferencia o porque él era tímido y cobarde y eso presta tintes de santidad. A mí, en cambio, nunca me importó lo que pudieran opinar de mis actos... Pero eso no podré decírselo a mamá. Ella espera una explicación clara de los hechos, un relato objetivo y sincero de lo que sucedió. ¿Se le puede confesar a una madre la verdad? ¿Me atreveré a decírsela? Quizá pueda aprovechar la noche profunda, ese momento inevitable de todos los velorios en que parece que nada ha sucedido. El tiempo se detiene y todo es como la pesadilla de un enfermo.

La verdad, mamá, la pura verdad... Saúl no quería ir a la cantina, se negó en redondo, argumentaba que eso te molestaría, pero le toqué la cuerda sensible. «Ven conmigo, sólo para que me cuides, para que me impidas beber de más.» Aceptó, pero: «No me obligues a tomar una copa, ni una sola.» Le prometí todo lo que quiso y entramos a una cantina donde me conocen bien. Quiero decir que los meseros y el propietario me conocen; si los clientes me conocieran desaparecerían en cuanto me viesen cruzar la puerta. Tú lo sabes, me temen por aquello, pero también saben que lo hice por ti y en cierto modo por mi padre. Lo que importa es que Saúl entró conmigo y nos escurrimos hasta un rincón oculto, oscuro y solitario, porque tengo la costumbre de hacerlo así para evitar las miradas de agentes y policías. La marca en mi mejilla es muy notoria, y por eso, aunque quedé en paz con la justicia, siempre me siento con mi lado derecho hacia la pared. Por eso y porque me molesta que la gente observe mi cicatriz. En cuanto alguien le pone la vista encima siento que arde, que se extiende. Eso debes entenderlo muy bien.

Me senté con la cabeza gacha y el sombrero bajado hasta media frente. Saúl, el pobre, tan sano y tan sin culpa, miraba para todos lados con sus ojos ingenuos y limpios, y mostraba clara inclinación a abandonar aquel rincón tenebroso para ir a un lugar soleado y brillante. Eso seguramente lo heredó de mi padre, hombre de paseos al campo y vacaciones en las playas. En una playa, si no me equivoco, conoció a Herlinda, la perra, dieciséis años y una prostituta acabada, y mi papá un viejo tonto que siempre creyó que la

niña estaba enamorada de él. En fin, lugares caros. Y yo tenía a Saúl aburriéndose en ese rincón lúgubre.

Para acompañarme bebía vasos alternados de limonada y agua mineral. Yo consumía ron. A la tercera o cuarta copa me sentí mareado, muy alegre y con inmensas ganas de beber sin cortapisas. Saúl se limitaba a acompañarme con rostro inexpresivo, su buena cara de santo de iglesia, de Cristo de yeso. Le ofrecí una copa, pero la rechazó y me recordó mi promesa. Entonces me levanté con el pretexto de telefonar y le dije a un mesero que la próxima vez le sirviera limonada con un poco, un poquitín de vodka. Saúl no sospechaba, no sospechó, y creo que ni siquiera se dio cuenta de que después de la cuarta limonada estaba borracho a medias. Al menos había perdido la expresión de hoja en blanco y eso me tenía contento.

Seguimos bebiendo. Yo ron y él limonadas con su pizca de vodka. En el momento que juzgué que Saúl estaba listo para correrse su primera parranda, pagué la cuenta y nos levantamos. En la calle le pedí que me acompañara a un cabaret. Al principio se negaba terminantemente, pero los vodkas habían ablandado sus defensas y con dos o tres razones absurdas lo hice entrar conmigo al club. Allí hablé con el mesero para arreglar lo de las limonadas y después de la tercera convencí a mi hermano de que bailara con una mujercita que no apartaba la mirada de nuestra mesa. «¿Y si no acepta?» «Estoy seguro de que va a querer.» «Me da vergüenza.» «No seas tonto, la tienes muerta, mira qué ojos te echa.» Se levantó, bailó y volvió a la mesa completamente trastornado. Alegre, me dijo que había descubierto un irresistible don Juan bajo su piel. El pobre no sospechó que en un viaje al mingitorio le había pedido a una antigua amante que bailara con él, que se dejara enamorar.

A eso de las diez de la noche (y juro que me sentía torpe y atontado) salimos del cabaret. Se me había metido en la cabeza la idea de visitar un burdel (el peor del mundo) que frecuenté en mis parrandas juveniles. Se me ocurrió que a Saúl le gustaría conocerlo, y Saúl no estaba ya para negarse. Tomamos un taxi y en el camino Saúl parecía muy divertido, reía de todo, hablaba con la locuacidad de un merolico. Yo le hacía segunda, pero detrás mi máscara de alegría se ocultaban reflexiones muy amargas: los años de cárcel, la juventud desperdiciada, mi parasitaria vida actual. Ahora volvía al prostíbulo al cual dejé de ir a raíz de la muerte de mi padre, cuando me enviaron a prisión. Por poca

cosa: dos tiros a mi padre y cuatro a Hortensia en la cama de un hotel, luego la decapitación. Por entonces Saúl tenía trece años y ya se insinuaba su carácter retraído y dulce.

El burdel estaba casi vacío. Dos sillones eran ocupados por clientes al borde de la embriaguez total. Cinco o seis prostitutas se apiñaban en torno a una mesa desnuda. Llamé a un mesero y le ordené que llevara copas a las mujeres; ellas me enviaron miradas perrunas de agradecimiento. Para nosotros pedí lo mismo, ya sin el recato de disfrazar los vodkas de limonadas. Hasta ese punto todo iba bien; aun nuestra embriaguez era normal. Pero entonces, no sé, mamá, la música, el ron, los pecados de un hombre y de la humanidad entera se confundieron. Quiero decir que... En fin, ya lo sabrás.

La vieja banda de la casa estaba allí, seguía tocando las viejas melodías con los viejos instrumentos abollados y carcomidos por el tiempo. El violinista era un anciano de cara larga y bigotes caídos. Tocaba con los ojos cerrados y no cabeceaba gracias a que tenía el violín bajo la barbilla, pero a veces el brazo se detenía a la mitad de una nota, como si el viejo durmiera. Y una de tantas veces el brazo se detuvo para siempre. Sí, de pronto el anciano del violín cayó al suelo sin vida, aparentemente de un síncope cardíaco. El mesero corrió por el cadáver, lo tomó de las piernas y lo arrastró fuera del salón; los otros músicos continuaron tocando. A mi hermano esto le hizo mucha gracia. Comenzó a reír cuando el viejo cayó muerto y seguía riendo cuando lo arrastraban fuera del salón. Para mí, una muerte más, una muerte menos, poco significaban. En la cárcel se aprende a despreciar la vida y la muerte. Allí me hicieron la cicatriz en la mejilla derecha. No me quejo: muchos cayeron muertos por motivos tan nimios como las que me condujeron a ese pleito.

No es todo, mamá, tengo que hablarte del clarinetista. Era un hombre encorvado, de nariz inclinada y hombros caídos. Daba en todo momento la impresión de que se iba para abajo. Y de repente, cuando trataba de alcanzar una nota muy alta, sus viejos y fatigados pulmones no resistieron y el viejo efectivamente se derrumbó. De manera curiosa. Como un acordeón que se desinfla, se encogías mientras del clarinete escapaba un zumbido muy tenue, apenas audible. El hombre de la trompeta dejó de tocar y puso una oreja en el pecho del clarinetista. Después levantó la cabeza, paseó la mirada por los rostros atentos

de clientes y prostitutas, elevó los ojos al cielo y se santiguó. El mesero estaba por allí, atento, y pronto se encargó de sacar a rastras el cuerpecito que cada vez se encogía más.

Para mi hermano el inusitado espectáculo resultó el mejor espectáculo cómico del mundo. Reía y golpeaba la mesa con el puño y se apretaba el estómago para contener los espasmos. Los otros clientes ni se volvieron a mirarnos, pues la embriaguez retenía sus barbillas pegadas al esternón. Y las prostitutas continuaban observándonos con sus ojos amorosos y tristes, sin reproches.

Pedí nuevas copas para nosotros y para las mujeres, mientras el dúo de piano y trompeta interpretaba una pieza sin sentido (el piano iba para un lado y la trompeta para otro). Cuando el mesero nos sirvió las copas le ordené que llevara una a los músicos. Así lo hizo. Los viejos terminaron la melodía y con un movimiento de la cabeza me agradecieron la invitación. Después bebieron, pero al instante el viejo de la trompeta se llevó las manos a la garganta, pegó tres saltos descomunales y cayó de bruces en el piso lleno de polvo. Nadie se preocupó por atenderlo porque todos sabíamos que estaba muerto, total y definitivamente difunto. El mesero lo arrastró como a los otros músicos y asunto concluido. El viejo pianista de cabellera larga y casposa siguió aporreando su instrumento con auténtico entusiasmo, como si la muerte inesperada y extraña de sus compañeros no lo afectara, como si esas muertes fueran números rutinarios de la banda. Mi hermano no cesaba de reír. Y reía no con la risa serena, rítmica y experta de un hombre acostumbrado a reír, sino con la risa desbocada, hipante, del que apenas la ha descubierto y quiere repetirla, realizarse en ella. Saúl dejaba atrás años de seriedad y retraimiento y recuperaba la risa perdida, extrayéndose hasta la última carcajada.

Las mujeres, prostitutas viejas, desdentadas, maduras para jubilación, permanecían agazapadas tras sus copas, clavándonos miradas soñolientas, ajenas, que parecían salir de ojos muy profundos o de la ausencia de ojos. Me levanté y fui a su mesa (tienes que comprenderlo, madre, era una simple broma). Hablé con la más vieja y las demás escucharon con atención. Sí, entendieron que una copa después se levantarían, cercarían a mi hermano y lo secuestrarían. En el piso superior, entre todas, utilizando sus artes más refinadas, obligarían al noble y bueno de Saúl a sacrificar su castidad.

Pedí copas para todos, incluyendo a los clientes que dormían en los sillones. El mesero nos atendió con presteza. El viejo pianista bebió su copa de un trago y levantó los brazos